

La hermosa rubia y su compañera parecía que abandonaban con sentimiento sus asientos; pero era preciso obedecer.

La señora anciana pasó al salón seguida de las dos jóvenes.

Y cuando el telón se levantó y aparecieron en la escena las montañas del Hartz, el palco estaba vacío.

El corazón de Germana se contrajo dolorosamente. La parecía que la arrebatában algo suyo.

Su visión acababa de desvanecerse.

V

Un fin.

Los cambios no son buenos para los ancianos. Les sucede como a los árboles viejos que se trasplantan.

Se mueren.

Si Colette y Juana habían abandonado con gran sentimiento el espectáculo antes de concluirse, había sido porque la señora que las acompañaba sintió un malestar repentino.

Pero acostumbradas, desde hacía mucho tiempo, a una estricta y pronta obediencia, habían obedecido sin murmurar.

Su juventud no era precisamente feliz. Su protectora las había recogido, tanto por protegerlas, como por procurarse una distracción y tener compañía.

Estaban, pues, en una situación intermedia y, por consecuencia, falsa.

No eran ni amas ni criadas.

Estas son las peores situaciones, las situaciones en que son frecuentes y más vivas las heridas que se causan al amor propio.

La señora Chambly no era, sin embargo, de mal carácter.

Lejos de eso.

Era una mujer ordinaria, muy egoísta (lo cual es un vicio extendido hasta el infinito) y particularmente dedicada al culto de su persona.

No conocía otra divinidad.

Si se creyera en las leyendas, ya fabulosas, porque hacía muchos años que estaba olvidada y vivía en su retiro, el comisionista señor Chambly, hombre muy vividor y que apreciaba en el matrimonio el dote y no la mujer, no se había casado con ella por su belleza, que era mediana, sino por su fortuna, que era considerable.

Los Salvadores tenían gran renombre en la capital del Brasil.

Por su parte, Juana Salvador no vió en el señor Chambly al marido de sus sueños, sino á la ciudad que habitaria con él.

París ejercía una atracción singular sobre aquella alma ligera y frívola.

Cuando Chambly pidió su mano, aquel mágico nombre fué suficiente para decidir á la Brasileña.

Se casó con el comisionista sin alegría, pero abandonó su país con entusiasmo.

París no frustró sus esperanzas.

Vivió allí á su capricho, adorando la *toilette*, recorriendo los talleres de las modistas y los almacenes de novedades.

Cuando su marido—cuyos asuntos no cesaron de prosperar, y quien se mostraba para con ella muy indulgente, muy cariñoso, aunque era el más inconstante de los maridos y, tal vez, de los comisionistas—desapareció á consecuencia de una congestión cerebral, que le hizo sufrir poco porque se lo llevó pronto, guardó ella un riguroso luto en sus trajes, pero ni lloró, ni cambió en nada su manera de vivir.

Únicamente se encontró más sola, más aislada, después de aquella muerte que le llevaba al único compañero de su existencia. El la dejó la fortuna que habían adquirido juntos, y que uni-

da á la de los Salvador, formaba un total de cinco á seis millones.

Chambly dormía, desde hacía dos años, en su bóveda del cementerio del Padre Lachaise, cuando estalló la guerra de 1870.

Su viuda, asustada de nuestros desastres, fué una de las primeras en escapar ante la invasión.

Marchó, con sus caballos y sus criados, de ciudad en ciudad, dirigiéndose hacia el Oeste á medida que el enemigo avanzaba, y huía con mayor prisa porque manifestaba el más vivo horror por todo lo que pudiera causarla el menor trastorno y contrariar en lo más mínimo sus costumbres.

En una de aquellas etapas fué cuando encontró al pasar por Barfleur, en «La tumba de las langostas», á las dos desgraciadas huérfanas á quienes el suicidio de la viuda de Aubin y la detestable dureza del tío Roguet, colono de Landemer, dejaban sin otros recursos que la caridad pública.

Interesada por la relación que la hizo Geneveva Brucourt, la hermosa sirvienta de los Cloquard, y por la agradable figura de las dos niñas, la viuda del comisionista pensó que sería un agradable pasatiempo para ella ocuparse de las dos infortunadas; que aquella distracción, después de todo, la sería menos costosa que una señora de compañía á quien tendría que pagar.

A veces en el fondo de las acciones más laudables hay algo de cálculo.

Y su decisión, después de una sesión tenida con los Cloquard, fué tomada y aceptada por estos en interés de las dos pequeñas.

Aquella misma noche, continuando su viaje, que se parecía á una derrota, llegaba á Valognes la señora Chambly, huyendo á toda prisa de Cherbourg, en donde se hacían enormes preparativos de defensa, muy alarmantes para las gentes pacíficas como ella.

Allí hizo que su doncella comprara trajes

para las huérfanas, emprendió la marcha al día siguiente, y pasados ocho días después de una excursión fecunda en incidentes de marcha, llegaron a Saint-Nazaire, en donde se embarcaba para el Brasil con su séquito.

Durante dos años no se debía oír hablar de ella.

No volvió á París, puesto que no hizo más que atravesar por él para ir á Montiers, posesión que ella había hecho comprar, hasta la primavera de 1883.

Y aun entonces no estaba completamente tranquila.

En Montiers se encerró en su soledad y en su egoísmo.

Su cálculo había salido bien.

Su buena acción fué recompensada.

Sus hijas adoptivas no la dieron más que satisfacciones, obediéndola con extrema sumisión y permitiéndola dar vuelo en su retiro á sus inmoderados gustos por los trapos.

Pero las dos niñas estaban dotadas de una ingenuidad que no debía alterarse, á despecho de la frivolidad de tal educación.

El recuerdo de Barfleur estaba siempre presente en sus jóvenes almas. ¡Felizmente!

Se adoraban y vivían en la mejor armonía hablando entre ellas del pasado, de los días en que iban desnudas de pie y pierna, apenas cubiertas con una mala falda, á la playa, detrás de su madre, de la verdadera madre, cuyo nombre no pronunciaban sin lágrimas en los ojos.

Pensaban siempre en Aubin, el pescador cariñoso y fuerte, mas hermoso con sus pobres trajes que los elegantes que iban algunas veces á Montiers y las dirigían requiebros, más vivos y más claros, á medida que crecían.

De los desastres que habían sufrido, había quedado estendida sobre sus fisonomías una especie de nube que persistía aun en los momentos en que se proponían estar risueñas.

¡El espectáculo de un padre arrastrado sobre los guijarros de la playa, ahogado al intentar

arrancar al mar su pan cotidiano; el del cruel tío de Magdalena arrojándolas de su casa y amenazándolas con hacerlas devorar por sus perros; la desesperación de su madre, enloquecida por la pérdida del único hombre á quien amaba, estrechándolas en sus brazos con convulsivos estremecimientos, para ir á arrojar al mar en el mismo sitio en que había sido encontrado el cadáver de su marido, de aquel Aubin que las bailaba en sus rodillas y las mecía en sus brazos cuando volvía de la pesca; todos aquellos desgarradores recuerdos estaban vivos en su memoria. Estas son impresiones impercederas para almas jóvenes, sobre todo cuando son tan sensibles, tan delicadas, tan propensas á vibrar como la de la rubia la de la más joven de aquellas dos hermanas, que se llamaba Juan Barfleur, y que por consecuencia, reflexionando, pensaba que en la casa del pobre pescador, como en la de la rica millonaria, no era ella más que una extraña, más que una niña sin nombre, una abandonada.

A si es que la una y la otra, Juana sobre todo, no se resignaban al lujo con que las vestían más que por obediencia, por gratitud á los cuidados que recibían, y por la educación que se las daba, y para la cual, preciso es reconocerlo, su bienhechora no economizaba nada.

La señora Chambly, había traído del Brasil en 1873 á su sobrino Urbano Salvador quien después no quiso abandonar París ni un instante.

No había habido jamás ruptura entre la tía y el sobrino, pero si una especie de alejamiento progresivo, justificado por la conducta, bastante escandalosa del Brasileño.

Urbano temía, con razón, la influencia de las dos protegidas sobre su protectora.

Se había procurado alianzas en Montiers para combatir aquella influencia, y la principal de estas alianzas fué la de Justina, la doncella de la señora Chambly.

Justina le servía tanto mejor, cuanto que des-

desde hacía mucho tiempo había habido entre ellos un cambio de bondades recíprocas.

Montiers era una residencia solemne, bastante monumental, pero triste.

El parque, que tenía unas cien fanegas de tierra, estaba atravesado por un riachuelo, el Sauldre, cuyas aguas son turbias, y plantado de árboles verdes, que le daban un aspecto parecido á un cementerio.

A excepción de algunos bosquecillos de castaños, algunos olmos ó fresnos, los demás árboles eran cipreses y pinos.

Aquello era muy lúgubre.

No faltaban más que tumbas y cruces sobre el césped.

Pero el interior del castillo era de una elegancia y una comodidad acabadas, y los departamentos particulares de la señora Chambly parecían estuches para alhajas forradas de satin.

No había nada más alegre para aquel pájaro friolero salido de los trópicos.

Al día siguiente de la representación de *Fausto*, á eso de las ocho de la noche, la señora Chambly subió á su habitación tan luego como acabó de comer.

Sentada en su escritorio, examinaba algunos papeles extendidos delante de ella.

Justina estaba en pié detrás de su sillón.

La señora Chambly era una mujer casi octogenaria, bastante alta, seca, de demacradas facciones, con cabellos blancos, ojos negros, que resaltaban sobre la palidez de cera de su cara, palidez mucho más sorprendente porque se parecía á la de esas plantas que se crían y vegetan en la arena de las cuevas sin aire y sin sol.

La señora Chambly era tan indolente, que apenas salía, y vivía en su casa como una planta en una estufa.

—Justina—dijo,—decididamente no me siento bien.

—La señora exagera.

—No en verdad. ¡Sufro horriblemente! Abrid las ventanas. Me ahogo.

La doncella obedeció y volvió al lado de su ama.

La noche estaba templada.

Aun cuando era en el mes de abril, la primavera se anticipaba á su época ordinaria y la atmósfera estaba impregnada de olor á savia de los pinos.

Algunos de ellos mostraban ya en el extremo de sus ramas, de un verde oscuro, esos nacientes penachos de delicado color que son los brotes del año.

—¿Está mejor la señora?—preguntó Justina con interés.

—Un poco.

La Brasileña se recostó sobre el respaldo de su butaca y dirigió una penetrante mirada á la amiga del cochero.

—Decid, Justina—la dijo.

—¿Qué, señora?

—¿No os ha parecido inquieto el doctor al salir de aquí?

—¿El señor Bertin?

—El señor Bertin.

—¿Inquieto?—dijo Justina con mucha naturalidad.

—¿Respecto á mí?

—No, señora.

—Cuando le hablé de mis ahogos...

Justina se encogió de hombros.

—He dicho á la señora, que la señora exagera... se lo repito.

—Es que me pareció que no estaba tranquilo...

—Dejad al señor Bertin y no os quebreis la cabeza. Estais bien.

—Es igual. Será preciso prevenir mañana al señor Pescheux.

—¿Al notario?

—Sí.

—¡Ay!—dijo la doncella aparte. Y luego añadió en voz alta:

—¿Para qué?

—Tengo algunos asuntos que arreglar.

—Si la señora lo exige no digo nada, pero la señora no tiene necesidad de molestarse por los demás.

—A decir verdad, Justina, lo están ya... mis asuntos.

—¿Arreglados?

—No se toman jamás demasiadas precauciones y es bueno preverlo todo.

Si la señora Chambly se hubiera vuelto hubiera visto a Justina cambiar de color.

—¿Arreglados los asuntos de su ama! Entonces las doce mil libras de renta ofrecidas por Urbano Salvador, se convertían en humo! Todo estaba perdido.

Aquello era una calamidad. La desolación de las desolaciones.

—¿Para una vez que Justina tenía la ocasión de echar mano a una fortuna, verdadera, inesperada, se le escaparía?...

—¡Ah, no!

—Entonces,—repuso con tono insinuante,—si los asuntos de la señora están arreglados no hace falta el notario. ¡Es inútil molestar al señor Pescheux!

—Sí,—dijo sencillamente la señora.—Es mejor. Un simple papel como este puede estraviarse, perderse, ser arrojado al fuego... ¿quién sabe? Robado.

Enseñaba a Justina una hoja de papel timbrado hecho cuatro dobleces, que dejó en un cajón de su escritorio.

Después cerró el escritorio, que era uno de esos muebles de forma redonda, de moda al principio del siglo, y metióse la llave en el bolsillo.

Justina abrió los ojos desmesuradamente.

No había por qué desesperar aun.

Por las ventanas, que estaban abiertas, se veía el piano que tocaban en el salón.

—Esas señoritas hacen mucho ruido—observó Justina,—si la señora quiere descansar...

—Sí, pero antes es preciso prevenirlas.

—¿Desea verlas la señora?...

—Sí, id á decirselo, y volver más tarde.

Justina dió medio vuelta. Su ama la llamó.

—No olvideis la orden para mañana.

—¿Qué orden, señora?

—El Sr. Pescheux, antes del mediodía, que vayan á buscarle sin falta. Decidsele á Bidoux.

—Está bien, señora.

Justina salió y en la escalera, levantando los brazos y volviendo la cabeza, decía para sí:

—¡Oh! ¡mañana!

La exclamación interior, si así puede llamarse, era de las menos tranquilizadoras para la Brasileña.

La salud de la señora Chambly no estaba precisamente alterada, pero á fuerza de quejarse, de suspirar, de molestar al doctor Bertin, el médico más ocupado de Compiègne, que por su parte tenía una satisfacción en ir á Montiers—pues esto era para él un lucrativo paseo—había concluido por persuadir al mismo doctor de que tenía una enfermedad, latente, sorda y que estallaríase el día menos pensado, concluyendo repentinamente con ella.

El doctor repetía, siempre que iba, á la doncella y á Bidoux, cuando por casualidad en ciertos casos urgentes iba este á buscarle en el coche:

—No me admiraré de que se nos escape de entre las manos como una anguila. ¡Tened cuidado Bidoux!

Y pronunciaba esta terrible sentencia:

—¡El corazón!...—con el gesto de un hombre entendido que sabe más de lo que quiere decir. Justina estaba, pues, segura de que la muerte repentina de su señora no sorprendería á nadie.

Urbano Salvador, á quien no molestaban las preocupaciones, le había dicho terminantemente al entregarla el frasco de cristal azul:

—¡Una sola gota en el vaso de agua de mi tía!

Y añadiendo diversas explicaciones acerca de

la imposibilidad de ser descubierta por el efecto, había concluido diciendo:

—Esto no es más que un soporífero, solo que no se despierta, eso es todo.

¡Verter una gota del líquido incoloro en la tisona de un agonizante, ó en el vaso de agua de flor de azahar, de una señora de setenta y ocho años, delicada, y que declara no tener vida más que para dos días!... ¡Esto no aterra!

Los razonamientos para excusarse no le faltarian.

En verdad era preciso ser muy enemigo de sí mismo para resistir á la tentacion.

La certeza de la impunidad anima mucho, y Justina no tenia nada que temer.

Urbano Salvador lo afirmaba así.

¡Ah! Si hubiese sido preciso cometer uno de esos crímenes considerables que repugnan á las almas sensibles, hacer uso del puñal ó derramar sangre, la doncella no hubiese vacilado un segundo en negarse.

¡Pero una gota de agua! ¡Considerad!

Y con aquel papel de que se apoderaría fácilmente, ¿no sería dueña de la situación?

¡Doce mil francos de renta, esto era hermoso!

¡Y si no eran bastantes quien impediría exigir más?

Decididamente la partida era buena.

Así lo pensaba Justina.

Meditaba estos planes en la escalera, al bajar al salon en donde el piano continuaba sonando.

¡Con bastante armonía! Aquellas señoritas no eran músicas de primera fuerza, pero su música valia tanto como cualquiera otra.

Tocaban una serenata de Beethoven á cuatro manos, cuando Justina mostró su astuta faz entre las dos puertas.

—La señora llama á las señoritas—dijo.

En la casa no se las llamaba de otro modo, por orden expresa de la señora; pero el tono era más familiar, más rudo, que si hubieran sido efectivamente hijas de la millonaria.

Tenia algo de ironía.

Se comprendía, por la manera con que lo decían, que aquellas señoritas no tenían en el castillo profundas raíces.

Un capricho de la señora las sostenía allí. Otro capricho de la señora, ó de la suerte, podía lanzarlas fuera de allí.

Se levantaron sin vacilar, aun sin concluir la frase musical empezada, cerraron el cuaderno y el piano y salieron las dos cogidas de la mano.

Los gemelos de la orquesta de la Opera tenían buen gusto.

Las dos pobres jóvenes eran hermosas, más que hermosas estaban encantadoras, con sus trajes iguales de cachemir de lana color gris; y una sencilla cinta de seda negra que las rodeaba la cintura.

Subieron la escalera, blanco y oro, de estucadas paredes, sin apresurarse, sin pronunciar una palabra, y llegado que hubieron á la puerta de la habitación que ocupaba la Brasileña, llamaron con suavidad y entraron sin esperar contestacion.

La señora Chambly, que seguía sentada ante su pupitre, se levantó para ir á recostarse en una *chaise longue* delante de la chimenea.

Las dos jóvenes estaban en pie á su lado.

—¿Cómo estais, ahora?—preguntó la rubia con dulce voz.

—Bien, Juana mía. Bien. Solo que el ruido me molesta, me fatiga. Por eso es por lo que os he mandado á Justina.

La Brasileña examinaba con atención los trajes de sus protegidas.

—Esas batas son odiosas—dijo.—Esa señora Prevost se vuelve ridícula. Ved Colette, esa forma un pico..., será preciso arreglarla y cambiar de modista. ¡Esa mujer se pone imposible!

—Señora, se atrevió á decir tímidamente la rubia, eso no tiene nada que corregir.

—Sí..., un pico..., positivamente. Y un pliegue horrible.

Se dirigía entonces á la morena.

Colette hizo una ligera mueca.

—Tengo que hablaros de cosas más serias,—repuso la Brasileña con su languido tono. Sentaos.

Juana y Colette se apresuraron á ejecutar la orden.

Acercaron dos sillas bajas y se agruparon al lado de la anciana, dirigiendo á esta las miradas de sus hermosos ojos azules y negros.

Es preciso convenir en que el cuadro era encantador.

Y también en una cosa, que raras veces ocurría: se hubiera podido notar en las facciones de la vinda una vaga expresión de ternura que no se aplicaba exclusivamente á su propia persona.

Aquello era muy sorprendente.

Pero... ¿en efecto, podía ella no querer á aquellas angelicales criaturas, que encantaban su soledad y rodeaban su vejez de un rayo de sol y de una aureola de amor y de alegría?

—Es de vuestro porvenir de lo que se trata—las dijo.

Colette y Juana bajaron la cabeza.

¡Cuántas veces habían intentado entre sí resolver aquel problema!

¿Cuál sería su porvenir?

Cuando aquella protectora las faltara, aquella protectora, á quien después de todo amaban por los cuidados que de ella habían recibido, á quien ellas rodeaban de reconocimiento, de quien todos los caprichos eran respetados como una especie de devoción, ¿qué sería de ellas?

Desde hacía algún tiempo las quejas de la señora Chambly eran más vivas, más frecuentes.

La ansiedad de ellas era también más viva, más punzante.

—Si llegara á faltar pronto, lo cual es posible, con una salud tan frágil como la mía...—dijo la Brasileña.

—¡Oh, señoral!—dijo Colette.

—Es posible; es preciso esperarlo todo, hija mía... ¿qué hariais? ¡Vamos á ver!

Y como las dos jóvenes vacilasen:

—Decididamente, esas batas son horribles. No quiero volverlas á ver—repuso la señora Chambly. Os desfiguran... Pero contestadme.

Una lágrima brilló en los párpados de Juana.

—No se trata de llorar. ¿Cómo os arreglariais?

—Trabajando—dijo Colette, que miraba á su hermana para consultarla.

—Sin duda—apoyó Juana.

—Pero ¿en qué?

—¡Ah! He ahí...—dijo la morena llena de perplejidad.

—Hemos pensado en eso con frecuencia—repuso Juana;—no en lo que ocurriría si llegaseis á faltar, sino si nos cerrarais vuestra casa.

La señora Chambly la atrajo hacia sí y dió un beso en los hermosos cabellos de oro pálido de Juana.

—¿Yo? ¡cerraros yo mi casa, Juana!—la dijo;—¡no penseis en eso! ¡Sería eso posible! ¡Qué idea!

—No podriamos quejarnos de ello. ¡Os debemos tanto, y vos sois tan libre de obrar como os plazca?... Y además, ya no somos unas niñas. Nuestra educación está casi terminada, gracias á vos. Llega el momento en que debemos trabajar para atender á nuestras necesidades, por nosotras mismas y no continuar siéndonos gravosas.

—Sea,—dijo la señora de Chambly—pero, en fin, razonemos. ¿Para qué os creéis más a propósito? ¿A qué os dedicariais? ¿Seriais institutrices?

—Sería preciso separarnos—dijo vivamente Colette—y eso ¡jamás, jamás! ¿No es verdad, Juana?

La rubia sonrió tristemente y movió la cabeza.

—¡Oh, no!—dijo.